

HOMENAJE a 50 años del fallecimiento de Conrado Nalé Roxlo (1898-1971)

Pensamos que este delicado creador, muy poco inclinado a la autopromoción publicitaria, estaría muy feliz de que demos espacio a las palabras del gran Leopoldo Lugones que reencontró en los versos de Nalé, joven de primer libro, la alegría vital que necesitaba, a su regreso de los festejos de la batalla de Ayacucho, cuando empezaban aquellos “años feroces” que lo llevarían a quitarse la vida. Premió como miembro del Jurado, del Premio Editorial Babel, compuesto por Lugones, Rafael Alberto Arrieta y Arturo Capdevila, al joven Nalé. Y escribió con generosidad el elogio que parcialmente reproducimos de *La Nación* del 18 de noviembre de 1923, que tituló “Albricias”.

EL GRILLO

Música porque sí, música vana
como la vana música del grillo;
mi corazón eglógico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.

¿Es este cielo azul de porcelana?
¿Es una copa de oro el espinillo?
¿O es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana?

¡Qué bien suena la flauta de la rana!...
Pero no es son de flauta: en un platillo
de vibrante cristal de a dos desgrana

gotas de agua sonora. ¿Qué sencillo
es a quién tiene corazón de grillo
interpretar la vida esta mañana!

Creo que, por primera vez, por segunda y no más, en todo caso, arriesgo el elogio de un poeta sobre la fe de su primer libro.

Digo mal que <<arriesgo>>. No; esto es injusto seguramente, aun cuando expliquen de sobra mi precaución, decepciones que suelen dolerme con la angustia de la ilusión desvanecida; pues quien como Conrado Nalé Roxlo inicia su vida pública de escritor con la obra de arte que es el soneto transcrito, primero de su libro al cual da nombre también, acredita, desde luego, uno de esos temperamentos infalibles hasta la fatalidad, si es propio expresar así tan noble destino.

Claro está que, para confirmarlo, el resto del libro corresponde a la portada, con una armoniosa unidad, no menos reveladora del don nativo. El artista ha cincelado su grillo de oro con aquella ingenua maestría de la predestinación que se ignora no pocas veces, y hasta sobrepasa en ciertos detalles la capacidad personal, consciente o adquirida: de tal modo el verdadero poeta es un revelador instintivo de la humana emoción que en la suya se defina. Así una gota de rocío detalla simultáneamente los siete colores de la luz, se llena el cielo y contiene un paisaje. Y todavía le sobra gracia para el capricho de presentárnoslo inverso, en la misma chispa solar del rayo que la evapora.

Es que en el ser de esa gota –e insisto en ello por su importancia trascendental– está el prodigio de la luz, como en el instinto del poeta, el prodigio de la emoción humana. Y tal cual la gota no contiene realmente al paisaje, al cielo ni al color, sino que los revela en la belleza de su cristal, el poeta puede no sentir directamente el gozo que celebra o la desdicha que llora; pero su canto saca a luz,

hermoseándolo, es decir, tornándolo sensible en belleza para todos los hombres, el tesoro de alegría y el dolor acumulado durante siglos por el género humano. Esa es su misión altísima, en eso consiste su ciencia natural, y de aquí que el poeta resalte, en la divina iluminación del amor así engrandecido, el único ser que realmente ama.

Su don de simpatía con la vida es lo que engendra el panteísmo de todo poeta verdadero. ¿Cómo no ha de sentirse grillo una hermosa mañana de primavera florida y cielo azul, interpretar a la perfección el canto de la rana, dilatarse en el cuerpo el viento, ser quimérica araña en el rayo de la luna y en la hebra del humo, o llorar la desventura, aun cuando ilusoria y ajena? No es la inteligencia sino el amor que los <<comprende>>: vale decir, lo que se apodera de algo y lo incorpora. La inteligencia es un instrumento de analizar, y por esta investigación da el dominio de lo que estudia. La posesión inherente al acto de comprender es imperio de amor sobre los seres y las cosas. Y así es también como el amor, la facultad exclusiva de crear, realiza dicho acto; el único realmente trascendental de la existencia. “Crear” es dar vida al amor en sí mismo o de sí mismo. Así el poeta cuando engendra como la flor hermafrodita o cuando encarna en el alma interlocutora.

Esto último es <<confidencia>>; acto de mutua fe, como dice el sentido de la palabra. De tal suerte, la obra de belleza resume los más nobles afectos en la potencia superior de crear. Fenómeno de vida excelsa entre los más altos, ¡cómo no ha de ser importante, pues, el descubrimiento de un nuevo poeta!

Por esto, y por su perfección, ha de quedar clásico en nuestra literatura. Mas lo que interesa ahora es advertir cómo en dichas cualidades se halla resumido todo el poeta.

Una sonrisa entre irónica y piadosa que es la amable discreción del sentimental, disimula, bajo la humildad del símil con el grillo, al corazón dilatado hasta el transporte en una exclusiva vibración de canto; <<solo sé cantar como el grillo en su agujero>>.

Luego, el paisaje de sobria elegancia, caracterizado por dos rasgos típicos del valiente pintor; el cielo de porcelana azul y la mancha de oro del arbolillo primaveral. Este <<golpe>> impresionista define en Nalé toda la estética del paisaje.

Vista y oído, color y música, son las dominantes de esta poesía, tal cual suele manifestarse casi siempre la sensibilidad de los poetas sentimentales; y así está patente en los tercetos del poema El Grillo de Nalé, donde la doble nota cristalina en la rana inspira una descripción de la más clara belleza. Y de la más completa hermosura, asimismo, ya que no falta ni la adecuada música, inherente, por vibración sensible, a la sutileza del cristal. Y el poeta nos dice también por qué con una gracia casi infantil en su sinceridad: porque es fácil interpretar la vida, cuando su sencillo goce transforma al poeta en un grillo de los campos. ¡Un sensible insecto que no sabe sino cantar!

Pero esto lo sabe tan bien, que su ciencia del sonido, manifiesta en la elección del lugar donde se instala, en la disposición acústica de su cueva resonante, es el asombro de los naturalistas. Así también el poeta nace con la ciencia de cantar, y la estrofa es su cueva de grillo lírico.

Y otra cosa tiene el insecto, y es su salto desmesurado, hasta la paradoja, como el de aquel payaso de Banville, que disparado por el trampolín fue a rodar en las estrellas.

Precisamente, Nalé tiene a su vez mucho del funámbulo sentimental que había en el poeta francés, al cual no conoce, pues se trata de una mera semejanza de temperamento. Menos ingenioso y más poético el suyo, considerablemente más, su payasada recuerda el vibrante deslizamiento de una mariposa que a la vez anda y vuela sobre una cuerda de violín. Con lo que su gracia aérea está llena de profundidad musical.

Sí pues. No nos equivocamos con la personalidad compleja de estos juglares que sonríen al abismo desde su trapecio volador, y esconden las lágrimas por no desleír el afeitado. El alma, la noble mariposa, está ahí dentro, clavada, por su recóndito alfiler, en el misterio decoroso del dolor personal o de la íntima afección que solo salen a luz cuando se transforman, a través del yo, en expresiones humanas. Ría o llore en sus versos, lo que el poeta revela no es su estado personal, sino la alegría o la tristeza de todos. El alma del poeta vive con todo lo viviente, como la luz se manifiesta en todo lo visible, siendo, esencialmente, una emanación oscura. ¿Ni qué puede tampoco interesar lo que haya en el poeta de miserable carne humana?...

El destino del poeta no es revelarse, sino revelar. Agente de la belleza, ¡cuántas veces no es más que su doloroso esclavo! Aquí, que no en la maldad ajena, está el motivo de la pobreza, el aislamiento, el dolor, que angustiaron la existencia de tanto grande artista. No ser más que un canto en la noche, como el grillo del poeta; ¡qué cosa tan fútil y tan trágica a la vez! ¡Cuánto han gemido los poetas: << ¡Para qué nací!>>, << ¡Para qué te amé!>>. Pero en vano se ha investigado el secreto de amor que parecían esconder esas quejas. El secreto no existe. Laura y Beatriz son pretextos, con frecuencia indignos de su inmortalidad.

¡Inexorable fatalidad de belleza! Nacer sensible es nacer herido; y “simpatía” quiere decir realmente comunidad en el dolor. El alma, la pobre psiquis, mártir de la belleza, bate el ala doliente hacia la libertad de la luz ulterior, que es su esperanza de alivio; y entonces, para nuestro eterno bien, encarna su música sobre la tierra la ya divina suavidad de la <<Vita nuova>>.

De ese estado nativo y natural, que es la poesía para el poeta, nace la adecuación de su lenguaje: el verso, constituido por las mismas palabras que la prosa; pero diferente de ella por el predominio del elemento musical. Así, el objeto comunicativo de la prosa es la noción, y el del verso, la emoción; de tal suerte que la expresión de aquella está en el sentido literal de las palabras, y la del verso, en la eufonía y en la imagen. Son los mismos vocablos, pero no significan lo mismo.

Como nosotros no cantamos el verso, a diferencia de los antiguos, para quienes no había verso sin canto, el verso tiene que cantar por nosotros, de tal modo que, recitado con la voz natural, suene musicalmente.

Por esto, nuestro verso es más preciso y exigente en el concierto de sus elementos musicales, que son tres: la cantidad silábica, el acento y la rima. La primera no puede pasar de catorce, de quince cuando más, en nuestro idioma.

Luego sintetiza este tema, dictaminando:

Materialmente hablando, la poesía es verso; y esencialmente el verso es rima como el pájaro es ala.

*Gota de rocío,
ala,
mariposa,*

tierna ironía,

Gracia ingenua,

salto funámbulo en la luz...

He aquí lo que he podido ver, con la alegría de una iluminación matinal, en “El grillo”, de Conrado Nalé Roxlo.

Leopoldo Lugones

Personalidad de Nalé

En sus últimos tiempos Nalé solía recibir a sus amigos de madrugada en su departamento del quinto piso sobre el parque Lezica, en Caballito. Le resultaba imposible dormirse antes del amanecer y entonces hablaba y fumaba incansablemente poniéndose más lúcido y brillante a medida que el día se acercaba. Así es como lo recuerdo: en el escritorio de su biblioteca, entretenido en repasar las mil anécdotas de su vida y haciendo reflexiones sobre la poesía con esa frescura, ingenuidad y fervor de la que son sólo capaces los poetas. Aquel escritorio sobre el parque me parecía un taller habitado por un artesano de rarezas, por un creador de materia noble: un tallista o un bruñidor. No era hombre de insistencia sino más bien de poco trabajo, pero de mucha atención y mucha mirada. En la noche tarde siempre se veía, en lo alto, la luz atenta en su torre de vigía, de lector.

Su imagen es la de un duende nocturno, cáustico, hipersensible, despiadado con el tonto y comprensivo con el tímido. Poco amigo de los silencios diplomáticos o de las expansiones vulgares. Alguna vez me dijo que se consideraba un poeta menor, un *minnesinger*.

Se maravillaba que a los setenta años no hubiese podido aprender nada del misterio de la poesía. "Mire: es realmente un misterio total. Es la esencia más fugitiva; cuando uno cree comprender algo es justamente cuando menos se sabe. Uno cree que va hacia la poesía, pero en realidad es ella que viene hacia algunos". Y contaba una anécdota de Valery que le gustaba repetir. Una vez se le preguntó al maestro qué era la poesía, en última instancia, y Valery se limitó a hacer un gesto con las puntas de los

dedos, como si pretendiese tocar, apresar algo invisible, impalpable, inefable.

Contaba esta anécdota del Dr. Johnson. Un amigo, Bowsell, le pregunta: Señor, entonces, qué es poesía?

Y el Dr. Johnson: Señor, es más fácil decir lo que NO es poesía. Todos nosotros sabemos que es la luz; pero no es fácil decir QUÉ ES.

Creía Nalé que quien pretendiese construir poesía desde la razón, la teoría o un exceso de voluntad expresiva, estaba perdido. Pensaba que el creador debía dejarse acometer por el momento poético y que el poema era más producto de la inacción que de la actividad sistemática. Con su habitual humor decía que los antiguos grandes poemas no eran más que una gigantesca estantería para sostener los buenos versos, esos capaces de hacer levantar en vuelo a toda la estructura.

Decía que, así como el prosista debe aprender a no desconfiar de su ocio, el poeta debe temer escribir todos los días. Él mismo tenía una natural y aristocrática tendencia a no hacer trabajos superfluos ni "carrera". Estaba convencido de que el único trabajo posible para el poeta era el de recibir o adivinar el momento poético y que éstos eran más producto de las sorpresas que de las decisiones que podamos tomar sobre ella. Criticaba en Lugones el exceso de trabajo y en su amigo Francisco Luis Bernárdez, el método.

Nalé creía, sin impulsos políticos ni de moda, en la funcionalidad de la poesía, como él decía. Afirmaba que hay una poesía que actúa en el fondo de nosotros y que está compuesta por pasajes, escenas y versos de los más diversos creadores. Este magma poético es una especie de sensibilidad colectiva que nos

conforma y que también nos socorre. Es una especie de sabiduría, que va desde la poesía popular de las canciones hasta la alta lírica. Aseguraba que, en momentos muy graves de su vida, cuando meditaba asediado, siempre habían surgido versos o fragmentos poéticos, que como una voz interior lo habían ayudado positivamente.

Sentía Nalé que la poesía no es un elemento periférico - aunque sublime - de la cultura, sino un episodio esencial del conocimiento y de la sensibilidad humana.

Para él la poesía era una guía delicadísima, extrema, del árbol espiritual. Allá donde las razones y las "intuiciones intelectuales" se detienen, donde la lógica fracasa y el orden verbal se enfrenta con el silencio, todavía era posible un paso más en el misterio y ese paso era algún verso o, en último caso, esa tensión espiritual y sensitiva del poeta, que es posible que fracasase en el verso escrito. Sabía que hay fracasos capaces de dejar viva y por eso contagiar una inquietud espiritual. "*Lo importante es la sugerencia última*", decía.

En una noche de larga conversación le pregunté por el nacimiento de su famoso "Grillo". Me dijo: "Estaba yo desesperado, enfermo, era un poeta desconocido en una gran ciudad y al mismo tiempo estaba tontamente empeñado en ser poeta lógicamente famoso... Era una situación desastrosa. Pensé que escribiría un poema románticamente dramático, como tenía pensado, tal vez abusando de la cargazón de dramatismo que me abrumaba, y fue entonces cuando, ante mi sorpresa, surgió ese poema casi infantil, esos versos que parecían no decir nada en concreto, pero que en realidad me recordaban a mí, el joven poeta, la fuerza pura de la

vida, la alegría de la existencia en su mayor simplicidad, en la simplicidad desprotegida de un insecto que canta: un grillo..."

Y a continuación, después de carraspear y de espantar el animal de humo de su cigarrillo infinito, se puso a recitar con esa expresión de niño-duende que nunca se desdibujó de su rostro, aquellos versos casi infantiles, sí, pero que encierran un intenso llamado a la alegría de la vida:

Música porque sí, música vana...

Nalé, escribió desde un mal momento juvenil ese soneto primigenio casi en el fin de la adolescencia y el gran Lugones vivió en esos versos la nostalgia de la luz, para él perdida, pero reencontrada en ese grillo de verso puro, como suele ser la poesía: misteriosa invitación a la felicidad de existir. El joven flacucho y angustiado, y el poeta célebre agredido y difamado, se habían unido inimaginablemente y se hicieron amigos desde 1923.

Teatro, prosa, crítica, humorismo

El éxito y la fama que alcanzó Nalé con su comedia "La cola de la sirena", que hubiera sido impulso para cualquier creador para una producción mayor, no le llevó a la vasta obra que podía haber esperado. Sobre esta pieza, la más famosa de las suyas, se puede decir que ella misma es una metáfora (teatral) de toda su imaginación poética y de su fina sensibilidad.

En todas sus piezas, el elemento poético es decisivo, las anima. Ya sea mediante personajes míticos o por la atmósfera en la cual la acción crece poéticamente determinada: en el "Pacto de Cristina" será el medioevo, en "La viuda difícil", el clima del Buenos Aires colonial y en "La cola de la Sirena", la desilusión de la personalidad fantástica.

Decía Nalé que el teatro es la forma más legítima que tiene el poeta a mano para no tener que escribir siempre versos. Se sorprendía, en cada representación, de ver a sus personajes vivos actuando como una proyección de su yo, de sus sueños.

En cambio, se lamentaba de no tener mucha paciencia para la prosa y solía echarle la culpa a su enorme máquina de escribir de los años 20 (cuando le regalaron una nueva me dijo que no se atrevía a trabajar en un aparato tan moderno). Sin embargo, escribió cuentos de gran perfección y profundidad, con una prosa clara y neta, sin barroquismo involuntario o manierismo sintetizador. Algunos de ellos como "La pulga de Dios", "El cuervo del Arca" y "El origen del árbol de Navidad" son de la mejor antología. Hay en ellos expresión de experiencia y conocimiento seguro y un clima de vida difícil de crear con tan pocas palabras. Palabras de castellano puro, universal, sin localismos ni forzoso academicismo, equidistante del hispanismo limitado, como de las lunfardías limitadoras. Tuvo un gran don para manifestarse en un idioma personal, pero no artificioso. Siendo que los problemas del subconsciente y del mundo onírico eran muchas veces sus más firmes impulsos para la creación, jamás permitió que el subconsciente se apoderase de su idioma inclinándolo a la fácil confusión expresiva. Se mantenía firme en este punto y le gustaba repetir una frase, que creo atribuía a Valery: "Un clásico no es más que un romántico que aprendió a escribir".

Su incursión por la novela fue breve, se concretó en "Extraño accidente", obra típica de su imaginería poética. Aquí el tema de la muerte lo ocupa como en algunos de sus mejores poemas de *Otro cielo* y *Claro desvelo*. La muerte, el amor, la opresión del misterio sobre nuestras conciencias meramente humanas fueron sus

principales preocupaciones. Sus respuestas religiosas eran parciales y no asoman en su obra. Se declaraba creyente y le gustaban las disquisiciones teológicas. Una vez oí decirle, dirigiéndose a un pesado ateo pontificador: "La religión es una sugerencia del Absoluto. Quien la entienda como un tratado de lógica o un reglamento es un tonto".

La magia de la realidad no dejó de fascinarlo en cada uno de sus días, tal vez sólo por eso mereció el casi inaccesible título de poeta.

Mucho se conoce y se ha escrito sobre "Chamico", su "alter ego" criollo que supo expresar tantas cosas simples y verdaderas. Recuerdo también al crítico literario finísimo que fue Nalé, capaz de dar con el arma de la caricatura una profunda interpretación de textos y autores. Es el Nalé de la famosísima *Antología apócrifa*, que deberían leer con humildad esos complicados ingenieros literarios que hoy proliferan, solemnes expositores de una pseudoestética de la tecniquería literaria.

Nalé afirmaba que escribir "pastiches" era su forma de querer la literatura y de comprender las obras. Pocas palabras claves o algunas actitudes cómicas de los personajes o de sus autores le servían para situar lo esencial de un estilo. Recordemos las inolvidables imitaciones dedicadas a Borges, D'Annunzio, Unamuno y Tolstoi.

Su poética es uno de los mejores aportes a nuestra "civitas literariae". Fue capaz de la sonrisa en un país más bien proclive a la carcajada o a la solemnidad patibularia. El almidonamiento nacional tuvo en él un sólido enemigo.

Abel Posse